

ALEMANIA

RECORRIDO EN AUTOMOVIL Y CAMINANDO

POR LA RUTA DEL VINO DEL RIO RIN

El Don se levanto de la cama muy cansado, parecía que los fuegos artificiales del Bicentenario en el Zocalo Capitalino, le habían tronado en las tripas. De hecho no durmió, 4 o 5 visitas al bendito WC, no tenia ganas de nada pero la obligación aventurera era prioritaria. Se arreglo como pudo, desayunaron y se dirigieron a: Heilderberg. el Don tenía mucho interés en conocer esta importante ciudad universitaria. Tenía prisa en llegar y sin pensarlo recorrió las autobahn A4 y A35.





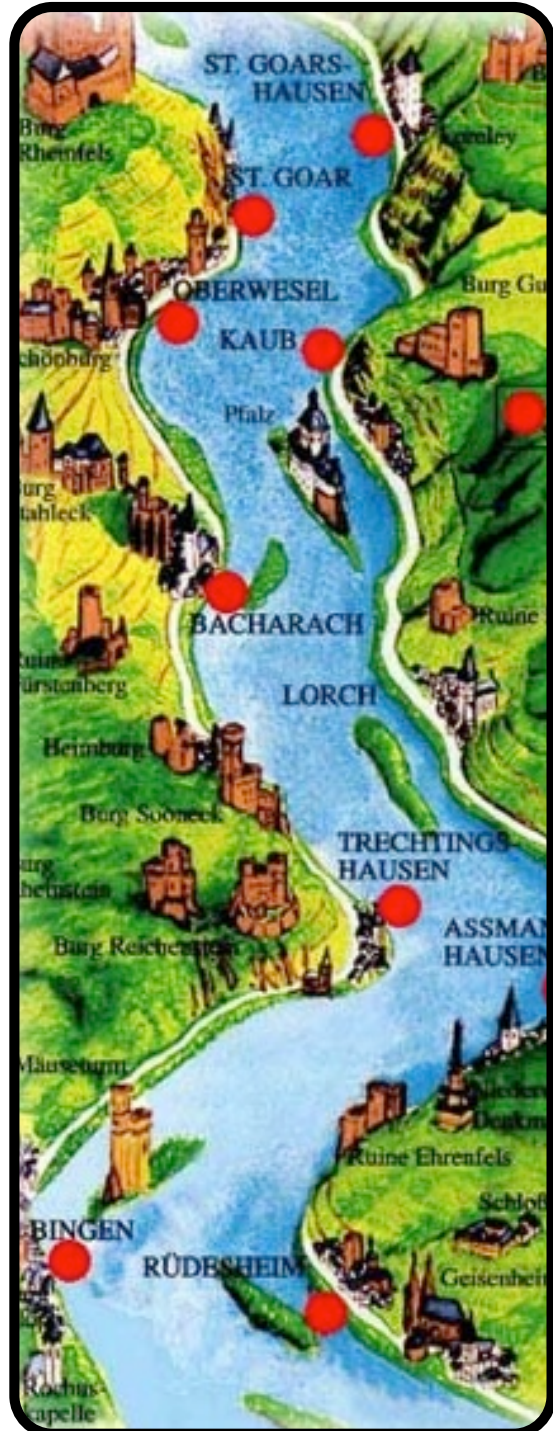
La ciudad al borde del río Neckar, lucia espléndida, el Don revivió. Llegaron al "Centrum", encontraron varias de las calles cerradas por ser peatonales y otras por estar en reparación. Dieron dos vueltas y tuvieron que cruzar al otro lado del río, ahí aprovecho la oportunidad y tomo 3 fotografías, se veía el magnifico puente de piedra roja impresionante. Le pidió cierta orientación a un vecino del lugar, le dijo que cruzara el puente, el Don dudaba, había señalizaciones que según él, prohibían el paso de vehículos. No se veía a ningún automóvil cruzando, finalmente se armo de coraje y cruzo. No sucedió nada.

El Don finalmente pudo estacionarse en lugar al lado del puente, enfrente de un hotel, la Doña fue comisionada a investigar si había lugar, precios y servicios en los 5 hoteles que estaban a la redonda. El resultado fue negativo, todo estaba ocupado, era viernes. Cansado y decepcionado, el Don puso en marcha la máquina y salió rápidamente a... no sabía ... pero irían por la autobahn y le dijo a la Doña que leyera el mapa, escogerían a la población que tuviera las letras más grandes y que estuviera más cerca.



Llegaron a Mannheim, ciudad importante en una zona industrial, el Don circulo por sus calles, era interesante pero no los satisfizo, volvieron a la autobahn, con rumbo al norte hacia Frankfurt, nuevamente el Don comisiono a la Doña a que estudiara el mapa (como de costumbre, la Doña lo abría y lo cerraba, le daba vueltas como si fuera un mantel o una sabana y nunca encontraba nada), ante la ausencia de retroalimentación y al estado anímico del paciente (el Don), se tomo la decisión de ir a la ciudad de Mainz, en el río Rhin. Muy cerca del pueblo de Rudesheim pero del lado Oeste del río, lugar en donde iniciaron la aventura 15 días antes.

Llegaron a esta también gran ciudad y no les gusto, el Don decidió seguir por la orilla oeste del río Rhin, la pareja había estado visitando los poblados de la parte este. Inesperadamente en el intrincado cruce de caminos, carreteras y autobahns, se perdieron. No pudieron llegar a Ingelheim. Cansado, aburrido y hastiado, el dolor de estomago le molestaba, el Don se dirigió a la parte este del río, con rumbo desconocido, buscarían un pueblo que les gustara (no querían ciudades) y un hotel apropiado.





Visitaron Eville am Rhein, encontraron un hotel muy pretensioso de 5 estrellas pero no había lugar, siguieron y en Martinshai, se desviaron hacia las montañas, ahí les habían informado que había un hotel en el medio del bosque.

Llegaron al hotel, el lugar bonito pero muy aislado y frío, el Don ya no quería queso sino salir de la ratonera, preguntaron por las habitaciones (Eureka había lugar), fueron a verlas y no les gustaron, además no tenían Internet y el Don insistía en estar en contacto con sus múltiples lectores (10 incluyendo la familia). Siguieron la visita de siete o más poblaciones, en ese momento el Don pensó en el pueblo de Assmannshausen, justo adelante de Rusenheim.

El Don se acordaba de un hotel muy bonito, elegante, grande, con una arquitectura muy bella y de los primeros hoteles de esta zona. El hotel Krone. Le había tomado varias fotografías cuando pasaron caminando y en barco por este poblado. Sin pensarlo dos veces se dirigió a este lugar.

El Don se estaciono enfrente del hotel, una vez más comisiono a la Doña a que investigara... ¡Bingo! Tenían una sola habitación disponible, parqueo gratis e Internet (no incluido), el desayuno si estaba incluido. Perfecto, el Don inmediatamente se bajo del auto, pidió indicaciones sobre el estacionamiento y tomaron el cuarto.





Ni siquiera pidieron verlo y el precio no importaba (140 euros). Amablemente la recepcionista les ofreció ayuda para bajar el equipaje, muy bienvenida, bajaron todas maletas y bultos (el mozo subió toda la carga pesada). Cuando llegaron a la habitación, tremenda fue su sorpresa, estaba acondicionada a todo lujo, tenía una terraza con una vista preciosa al río, a la otra sección del hotel y a las colinas. Un baño enorme con tina y decorado con mármol de diferentes colores.

El Don estaba encantado, ahora si podía descansar muy a gusto y con una vista sensacional, podrían cenar en el cuarto (el hotel daba este servicio). Lo primero que hicieron fue desempacar y revisar el contenido de cada maleta, después una siestecita, al despertar el Don solicito informes del Internet (una hora 6 euros, un día completo por 12.5), ni modo tendría que pagarlo, solicito una hora, la recepcionista subió muy rápidamente los 40 escalones para darle la hoja con las claves, el Don muy apenado (había cambiado de parecer) le pidió el servicio de un día, la muchacha muy amablemente bajo y subió como rayo, no podía hablar del esfuerzo.

En la noche ordenaron una ensalada, mucho té y pan: aprovecharían la oportunidad para degustar el froi gras que habían comprado en Nancy. El servicio llego más rápido que un avión, dos meseros elegantemente vestidos, acondicionaron la mesa de la salita en la que cenarían, pusieron el servicio de plata y la ensalada "gourmet", ¡Guau!

Cenaron muy a gusto y cuando acabaron, hablaron por teléfono para que retiraran el servicio, inmediatamente después de colgar, un mesero estaba tocando la puerta para cumplir con la solicitud de los huéspedes, ¡Doble guau! El Don estaba muy impresionado y empezó a sospechar...

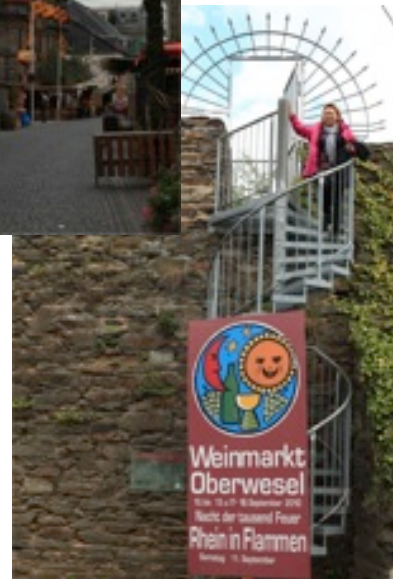
... Pensaba que la Doña no había entendido muy bien el costo de la habitación, todo lucía muy bueno por el costo... ¡Tan comodo! Al día siguiente bajaron a desayunar, la pareja quedo impresionada, el bufete, muy surtido y elegante (salmón ahumado, champagne etcétera), el restaurante de lujo. Al Don se le empezaba a indigestar la cena, seguramente la Doña había metido la pata, pero lo tomo con filosofía y a disfrutar se ha dicho. Desayunaron opíparamente, comieron de todo hasta huevos, normalmente los bufetes son de comida fría y todos muy similares: estilo europeo.

La habitación solamente se las habían dado por la noche del viernes, no tenían disponibilidad para otra noche (tuvieron suerte), terminaron de desayunar y se dirigieron a su cuarto para terminar de empacar y llevarse sus cositas al auto. El Don fue a pagar la cuenta (previamente había amenazado a la Doña: la diferencia en precio, seria por su cuenta), ¡Oh sorpresa! La Doña no se había equivocado, la tarifa era la correcta, el Don todavía no lo podía creer, solamente pensó: ¡Viva el hotel Krone!



La orilla oeste del río los esperaba, tendrían que ir a Rudesheim, tomar el transbordador y cruzar a Bolingen, de ahí subirían a los poblados que vieron desde el barco y les gustaron pero que no conocieron, pasaron las primeras poblaciones y siguieron, llegaron a Bacharach muy bonito pero el Don decidió seguir al siguiente: Oberwesel. Un pueblo muy pintoresco, con sus murallas al frente y un castillo. Muy bonito y acogedor, llegaron al centro del pueblo y solicitaron informes en la oficina de turismo.

Les recomendaron un hotel justo enfrente, en la misma plaza del poblado. el Don espero a la Doña mientras cumplía con su ya conocido encargo (ya había adquirido experiencia y se graduó con honores con el hotel Krone), regreso con la buena nueva, había lugar por una noche nada mas y costaba 80 euros con desayuno incluido e internet gratuito en las habitaciones. El Don quiso conocer la habitación, dejo a la Doña en el auto y fue a conocer el hotel Weiler .





Muy acogedor, bien puesto y la habitación pequeña pero muy bien decorada. Tenía una pequeña sala, un closet con regadera y WC, el lavabo afuera, justo enfrente de la cama y una encantadora vista a las vías del tren.

La dueña muy atenta, le dio la llave de la habitación (sin registro, sin tarjeta), le indico en donde estacionar el auto, prácticamente a la vuelta de la esquina, El Don le hablo a la Doña, bajaron las maletas del vehículo y un muchacho muy atento, las subió a la habitación mientras el Don iba a estacionar el auto.

Una vez acomodados, 10.30 de la mañana salieron a recorrer el pueblo. Se fueron por las murallas, subieron las almenas, recorrieron calles y callejones, todo muy Bello. Decidieron ir al castillo, no querían caminar tanto por lo que fueron al estacionamiento, tomaron el BMW, siguieron las indicaciones del mapa local y el GPS, llegaron al castillo hotel Auf Schonburg, 22 habitaciones con un costo de 160 a 250 euros (el Don había preguntado en la oficina de información, si había habitaciones disponibles, le dijeron que todo estaba ocupado), las vistas del río y del pueblo desde esa altura eran preciosas, el Don, terco como siempre, quiso cerciorarse, entraron a preguntar por las habitaciones, efectivamente todo estaba reservado hasta la segunda semana de octubre.





Regresaron al pueblo, quisieron entrar al estacionamiento pero estaba cerrado, la Doña quiso poner en práctica sus conocimientos de cerrajería pero no pudo abrir. Un vecino del lugar se presentó y le ofreció ayuda, tomó una palanca de la barrera, la subió y abrió, nada especial. Muy agradecidos dejaron el automóvil y se fueron a descansar.

En la noche irían a ver los fuegos artificiales al vecino pueblo de St. Goar por recomendación de la dueña del hotel. En Oberwesel también había fiesta esa noche. Cenaron en el hotel, el Don muy ligero, seguía enfermo y la Doña ordenó el menú completo (un poco de vino acompañó la cena), salieron hacia la estación de tren y con la ayuda de unas colegialas alemanas, compraron sus boletos y tomaron el tren hacia su destino.

Les tomó menos de 10 minutos el viaje, el tren iba bastante lleno y muchos de los que estaban en él iban al mismo destino. En ese pueblo, la pareja había almorzado en las bancas del tianguis que se ponía en la plaza. Había una cantidad de gente impresionante, la plaza, las calles, la carretera, todo estaba lleno de alemanes de todas las edades pero muy pocos niños. Todos pero todos bebían, cerveza o vino. Ni modo cuasimodo, el Don y la Doña se tomaron una cervecita y un pretzel que parecía trébol del anillo periférico. Por las curvas mal hechas y lo grande.

A la media hora que llegaron, empezaron los fuegos: iniciaron en el castillo del pueblo de enfrente, St. Goarshansen, todo iluminado. Sería muy tedioso describir, este verdadero y gran espectáculo, podríamos decir que hubo un derroche de pólvora, en el castillo de allá, en el de acá, en la parte norte del río, en la sur... Una hora de luz y estallidos. La pareja nunca había visto tanta variedad de fuegos artificiales ni tanta cantidad. Un poco antes de que acabara, el Don jaló a la Doña, a la estación de tren, ella se negaba pero no le quedó de otra, había que comprar el boleto de regreso y evitar a la multitud. Con la ayuda de un muchacho obtuvieron el boleto y aunque faltaba media hora para la salida del tren, se quedaron en la estación, observaron que empezaba a llegar mucha gente a la estación, por lo que se fueron al andén a esperar el tren.

Se llenó rápidamente, una multitud, todos pasando frío, los alemanes se quejaban, El Don lloraba, la Doña lo calmaba, el Don rugía, la multitud se desesperaba y todos pensaban que el tren no sería suficiente. El tren se retrasó 7 minutos, el Don ya parecía raspado de carrito, por el frío y los empujones de la gente. Cuando llegó el tren y al mejor estilo mexicano, todo mundo empujaba y hacía esfuerzos por entrar. El Don subió al tren y la Doña, medio luchaba afuera. El Don le gritó que la esperaba en el hotel...



La Doña desesperada dio tres codazos y dos pasos grandes y entro al vagón. Viajaron los cinco minutos como sardinas, afortunadamente muchos de los pasajeros se bajaron en la siguiente parada y con menos esfuerzo, la pareja logro bajarse del tren. La fiesta seguía en la plaza, muy concurrida pero mucho menos gente, el conjunto musical estaba exactamente abajo de la ventana de la habitación en que se hospedaban, cansados y con frío, decidieron retirarse a descansar y tratarían de conciliar el sueño. Entre música y tren, les esperaba una noche truculenta. Cuando llegaron al cuarto, vieron con sorpresa, unos tapones para los oídos y durmieron como lirones.

El desayuno del día siguiente, le agrado mucho al Don, lo mismo de siempre pero servido con mucho gusto en la mesa. Quesos, jamones, pan, mermelada, pâté, jugo y hasta un huevo duro en un plato especial, tapado con una gallina de tela. Disfrutaron de sus alimentos, recogieron sus maletas y salieron al otro pueblo.





La población de Bacharach, los esperaba, no debían de tener ningún problema en conseguir habitación, era domingo. Quince minutos les tomo llegar a su destino, entraron al pueblo y llegaron al centro.

Vieron un edificio muy antiguo junto a la iglesia, era un hotel (Altkoelnischer-hof) que tenía unos bonitos balcones hacia la calle, la Doña entro y averiguo lo de costumbre. Tenían todo lo necesario y había habitaciones disponibles con terraza. Por la hora, ninguna estaba disponible pero podrían estacionar el auto en el parqueo del hotel, ubicada a una cuadra del mismo. Dejaron el vehículo y vagaron por las calles próximas, obtuvieron información sobre el pueblo y se tomaron un buen té negro con leche (costumbre de la Doña).

Una hora después, la habitación estaba disponible, se acomodaron y dispusieron hacer una excursión con picnic incluido. Se alistaron con todo lo necesario, les faltaba una botella de vino, el don la compro en la vinatería de la esquina, solo restaba conseguir el pan. Comerían un sabroso foie gras y vino. Mala noticia, la panadería estaba cerrada por ser domingo, al Don le costo un poco de trabajo conseguirlo pero finalmente compro unos sandwiches de jamón y queso con doble ración de pan. Iniciaron su recorrido.



Le darían la vuelta al pueblo, caminarían por las calles, por los senderos, por las murallas, subirían a las Torres y por el bosque circundante. No quisieron subir al castillo, mejor subirían a la colina de enfrente y el Don podría conocer mas sobre los caminos y señalizaciones que hay para los excursionistas, había comprado un mapa muy completo de la región). Subieron, bajaron, subieron, bajaron y volvieron a subir... La caminata les gusto mucho, al final caminaron entre los viñedos y cortaron racimos de uvas que la Doña devoro como si fueran dulces.

En la parte media de la colina encontraron unas bancas con una vista espléndida de la población, el río y las colinas. Decidieron tomar su almuerzo y disfrutar de la vista en ese lugar (el Don, además necesitaba con urgencia un descanso, estaba al borde de un infarto).

La tarde la pasaron descansando y tomando vino en la terraza, salieron a cenar una pizza, querían algo menos pesado y sin vino. En la cena decidieron ir a hospedarse al día siguiente a la ciudad de Bingen.

Al terminar de desayunar y con mucha tranquilidad y sin prisa, no querían llegar temprano a su próximo destino, salieron de Bacharach, como de costumbre el Don traía una



cola de automóviles (la velocidad máxima era de 80 km y el iba a 50 km). Cuando llegaron a la población vecina Bingerbruck, el Don se distrajo y en vez de tomar la ruta correcta, tomo la carretera que bordeaba el río Nahe y ya no pudo corregir su error. Se salió en la primera desviación que vio, trato de regresar a la carretera en que venían para regresar pero no pudo y se perdió. Recurrió a la fémina del sistema de navegación, dio el nombre de la población y siguió sus instrucciones, obediente a regañadientes, continuo por las calles que le iban mencionando y hasta la carretera que le indico pero se dio cuenta que iba a otro lugar.

Tardo un tiempo para poder regresar, cuando llego mas o menos al mismo punto en que había puesto el dichoso aparato, ignoro las instrucciones y busco las señales de las calles. La fémina ni se callaba, el Don no sabia como cancelar la programación, hizo oídos sordos y siguió su instinto. Finalmente llego a la carretera que había tomado por equivocación pero seguía yendo en sentido contrario. Paro el auto, la Doña lo veía con cara de "no lo vayas a hacer" y cuando pudo se dio rápidamente la vuelta en "U".

Una vez resuelto el problema, llegaron a Bingen, dejaron el auto en el parqueo publico y buscaron hotel. En unos no había y los otros no les gustaban. Realizaron una rápida y pequeña consulta y decidieron pasar las dos noches que les quedaban, al muy acogedor y excelente hotel Krone, en Assmannhausen. Tomaron el transbordador y en menos de lo que canta un gallo, llegaron a su ansiado destino.





El personal de la recepción y el gerente en turno, los recibieron como si fueran clientes de muchos años, les asignaron la misma habitación en que estuvieron unos días antes y les ofrecieron una tarifa mas baja (119 euros), debido a la hora (12 del día) tendrían que esperar unos minutos para que pudieran limpiarla. La pareja se fue a tomar un café al restaurante (hora del almuerzo), el Don observo que en una mesa contigua, les sirvieron a los comensales una copa de vino tinto en una copa de champagne (era vino tinto espumoso), el Don siempre antojadizo, pidió dos copas. Estaba estupendo, solicito que averiguaran si el cuarto estaba listo, le informaron que faltaban unos minutos y

El Don ordena una botella, unos quesitos para acompañarla y se la terminan... La pareja gustosa ordeno la segunda botella y que agarran el cuete, eso sí, pidieron una ensalada para que no se les subiera mucho. Habían pasado dos horas desde que llegaron al restaurante pero ni cuenta se habían dado, les volvieron a decir que su habitación estaba lista (la primera vez, no hicieron caso), ante tanta insistencia y el calor del vino, dejaron el restaurante y subieron a su habitación a refrescarse. Previamente le solicitaron a Juan, el bell boy, que les subiera sus maletas.





Durmieron y arreglaron las maletas, había espacio y la Doña insistió en que fueran a Wiesbaden a comprar las ultimas cositas que le faltaban, de todas maneras el Don quería viajar en tren. Medio cuete y medio alegre, el Don acepto llevarla. Tomaron el tren en la estación, una cuadra del hotel, primero viajaron a la orilla del río, después en media de los viñedos. Nadie se había acercado a ellos para pedirles los boletos, no los habían comprado, en el hotel les dijeron que los pagaran a bordo del tren. Faltaban 5 minutos para llegar y paso una oficial del tren, la pararon pero no hablaba ingles y no e te dio las señas del Don por lo que finalmente, viajaron gratis.

Una ciudad grande, muy arbolada, la estación del tren estaba a unas cuatro largas cuadras del centro, tomaron un autobús. La catedral en una piedra roja lucia bellísima e imponente, 3 altas Torres la adornaban y la plaza era bastante espaciosa en comparación con otras ciudades. El centro moderno, pujante y lleno de tiendas, la Doña estaba en su mero mole pero tenía tres restricciones: tiempo, dinero y espacio. Finalmente compro tres boberías y regresaron a la estación. El Don intento comprar los boletos en las máquinas, no pudo y se dirigieron a la oficina de boletos, había mucha gente antes que ellos y la atención era muy lenta. Decidieron pagar los boletos en el tren. Se compraron unas salchichas, el Don le dio un bocado a la suya y vio un quiosco de información, fue y sollicito ayuda, le dijeron que tenía que comprar forzosamente el boleto en la oficina...

Salió corriendo y trato de hacer algo pero la cola no avanzaba, le pidió ayuda a una señora de color con su bebe para comprar el boleto en la maquina, ella amablemente trato y trato y volvió a tratar y no pudo. El tiempo se agotaba, la hermana de la señora, estaba en ese momento en la ventanilla y fueron con ella faltaban 5 minutos para que saliera el tren. El Don hablo con la empleada y poco amable, le expidió los boletos. Salió corriendo, agarro a la Doña y fueron al anden, como pudieron se subieron, el tren estaba por arrancar. Iba lleno, tuvieron la fortuna de ver un ocaso precioso, el primero y único que el tiempo les permitió ver... Nadie les pidió los boletos.



Al día siguiente, día de aventura, irían caminando a Rudesheim, desayunaron muy bien y se alistaron para la caminata, les tomaría una hora aproximadamente: irían por las colinas. Salieron del hotel y empezaron a caminar, iban platicando y que se les acaba el pueblo... regresaron hacia la calle principal, querían tomar el camino marcado con rojo que los llevaría por una lado de las colinas y siempre viendo el río. El mapa que les dieron en el hotel no era muy claro, pidieron ayuda y una muchacha muy amable (muy bonita), los llevo hacia unas escaleras, les dijo que tendrían que subir 100 escalones y por ahí continuarán hasta su destino.

Al principio no se veían tantos escalones y empezaron a subir, diez, veinte, treinta, cuarenta y los malditos escalones no se acababan, la contabilidad del Don se termino: no podía contar y jadear. A los... no sabemos cuantos escalones y con el alma del Don casi por irse de su cuerpo: llegaron. Vieron el camino era plano y en la dirección correcta.

Todo iba muy bien cuando de pronto en una curva se les acabo el camino. El Don no lo podía creer, todo se veía tan fácil, estudio la topografía del lugar, había una pequeña barranca que impedía el paso, había que rodearla. Vieron una vereda y se fueron por ella pero también se termino. Otro análisis topográfico, había otro camino en la parte de arriba de la Colina, había que subir unos 100 metros pero con una pendiente de 65 grados ¡En la madre!

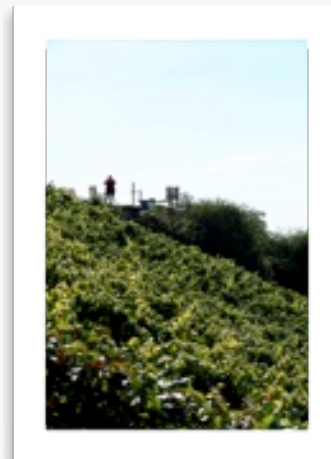


Como pudieron subieron y el alma del Don, de plano ya se quería ir de ese cuerpo tan castigado. La Doña no sabía que hacer, trato de darle respiración boca a boca (pretextos femeninos), le pegaba en la espalda para reanimarlo pero el Don se tiro en el camino y descanso por varios minutos, una vez que recupero el aliento, volvió a estudiar el mapa y todo lo que pudo, ahora si estaban en el camino rojo, ahí estaban las marcas, seguramente se fueron por un camino equivocado siguiendo las amables indicaciones de la bruja (bella muchacha que hechizo al Don).

Prosiguieron la caminata, regresaron al sendero junto al río y como recompensa tuvieron unas maravillosas vistas de los lugares que ya conocían pero desde unas perspectivas completamente diferentes.

Fotografías y fotografías, películas, los dos estaban como niños en la feria. La caminata muy agradable y sin frío, de hecho sudaban por el esfuerzo, a mitad del camino, se encontraron una terraza con sillas y mesas. Se pararon a descansar y a tomarse la coca cola que precavidamente el Don, llevaba con él.

Habían pasado dos horas desde que salieron cuando llegaron a Rudeshaimer, cuando lo vieron al principio del viaje, era un pueblo pequeño y simpático, ahora lo veían como un poblado grande y lleno de vida (de hecho, diez años antes habían





estado en este poblado pero lo visitaron en una excursión y pasaron como chiflado, no lo pudieron disfrutar como ahora), fueron a comprar los famosos mazapanes con chocolate.

Visitaron nuevamente el famosísimo callejón, Drosselgasse, la música y el ambiente de la taberna en que cenaron el primer día, los sedujo y ahí, se comieron un muy buen plato de salchichas de cerdo salvaje, puré de papa con un guiso de col, todo muy rico. Una botella de vino blanco "Reisling", sirvió para que el Don recuperara sus fuerzas.

Al Don tuvo como diversión adicional observar el espectáculo gratuito de una comida oficial que ofrecía una delegación Alemana a una delegación China, los asistentes se movían frenéticamente de un lado a otro, las meseras ordenaban las mesas y recibían instrucciones de los asistentes, los policías y guardaespaldas con sus actitudes agresivas y prepotentes, los delegados con sus comportamientos mostrando su jerarquía, arrogancia o subordinación. Los discursos y las formalidades (El Don disfrutaba todavía más su salchicha, observando tanto estrés y pensando en lo poco que estos señores disfrutarían de la excelente comida y el vino del lugar).





Cuando terminaron de almorzar y descansar trataron de regresar en autobús pero el idioma no los ayudaba (insólitamente los letreros de los horarios y destinos, no los entendían, esperaron media hora y no paraba ningún autobús) hartos de la espera, el Don consiguió un taxi, se subieron y en cinco minutos estaban de regreso en el hotel (10 euros).

Descanso, últimos arreglos a las maletas, un muy buen baño de tina con su respectivo teléfono (no había regadera), preparación de la ropa de gente "nice" para la cena en el restaurante del hotel, maquillajes, peinados, arreglos y a cenar... Como perfectos aristócratas.

El restaurante del hotel ofrecía múltiples opciones para cenar: 4, 5 y hasta 7 entradas, la Doña y el Don con dos entradas tenían más que suficiente. Ordenaron una ensalada y un plato fuerte, eso sí, la excelente botella de vino tinto espumante, no faltó. Les sirvieron una entrada que no habían pedido consistente en tres preparaciones muy diferentes y bastante sabrosas (no lo habían pedido pero se lo comieron, a la mexicana, después "viriguo"), llegaron las entradas y los platos fuertes muy bien servidos (además de abundantes con mucha pompa).

El Don lamentaba la ausencia de su cámara, estaba presenciando todo un espectáculo del servicio alemán y hubiera podido tomar un muy divertido y fascinante video. El pequeño ejercito de meseros, muy bien capacitados, se movían y servían muy sincronizadamente siguiendo la dirección de "maitre". Había una mesa de ocho comensales al fondo, la fila de sirvientes pasaba enfrente de la mesa del Don, todos con el mismo paso y velocidad, llegaban a la mesa, se acomodaban y con los mismos movimientos, servían los platos, los platos que llevaban su corona de plata, eran destapados al unísono. Era divertido observar tanta ceremonia (los chavos dirían tanta mam...).

La pareja terminó sus platillos, el vino ya se había acabado (el Don se vio prudente y no pidió otra botella) y ordenó café (muy bueno por cierto), el Don, negro y la Doña como siempre, con leche (tenía que ser diferente, vieja san...), servicio de plata acompañado de unos "petit fua" dulces (salía sobrando el postre). Así terminaba el penúltimo día de la aventura.

Dormirían lo más que pudieran y desayunarían muy pausadamente, no tenían ninguna prisa en llegar al hotel del aeropuerto de Frankfurt. Así lo hicieron al día siguiente, con toda calma el Don pagó la cuenta, acomodaron el equipaje en el auto y partieron hacia Frankfurt.



Llegaron al aeropuerto sin problema, el Don pensaba programar el aparatito para llegar al hotel, tenía la dirección pero la bendita computadora no le dejaba poner la dirección sin haber indicado la población. Estaban en le aeropuerto de Frankfurt pero no lo reconocía como población. Hizo varios intentos sin éxito, cansado y enfadado, camino hacia el estacionamiento de taxistas y ahí, muy amablemente, le dijeron como llegar.

Era muy temprano para que les asignaran la habitación pero de todas formas llegaron al hotel y trataron de registrarse. Efectivamente no las habitaciones no estaban disponibles pero podrían dejar las maletas en la recepción y esperar. El Don decidió entregar el auto, ya no lo necesitarían y no quería tener complicaciones de ultima hora.

Llegaron rápidamente y sin ningún problema al edificio en donde se entregan los autos, vieron los signos de Hertz y entraron. Un empleado de color y muy grandote, les dio unas indicaciones para que se estacionaran y empezó a revisar el auto con lupa. Le pregunto al Don di había tenido algún problema, respuesta negativa, empezó a hablar en Alemán con unos compañeros y señalaba la parte de adelante y abajo del auto: había encontrado un pequeño rasguño. Cinco minutos de consultas, papeleo y conversaciones pusieron en alerta y de mal humor al Don. Cuando termino todo ese espectáculo burocrático, le hicieron firmar al Don una forma de daños al vehículo, en la que él, señalaba que no sabia que había pasado en ese fenomenal accidente que había rasguñado tan costosa maquina.

Regresaron del aeropuerto al hotel en el autobús del mismo hotel que daba este servicio cada veinte minutos. Esperaron una hora en la cafetería, hasta que les dieron la habitación y el resto del día se dedicaron a dormir, comer y descansar. La aventura había terminado pero el viaje continuaba...

